

Finalmente, puede concentrar todo el gobierno en manos de un magistrado único. Esta forma es la mas comun, y se llama *monarquía* ó gobierno régio.

Notaremos que todas estas formas, ó á lo menos las dos primeras, son capaces de mas ó menos, y tienen bastante latitud. Porque puede la democracia comprender todo el pueblo, ó reducirse hasta la mitad. Igualmente puede la aristocracia limitarse desde la mitad del pueblo á los números mas chicos. Hasta el cetro algunas veces admite particion, ya sea entre el padre y el hijo, ya entre dos hermanos, ó de otro modo. Siempre habia dos reyes en Esparta, y en el imperio romano se vieron hasta ocho emperadores á la vez sin que pudiera decirse que estuviese dividido el imperio. Hay un punto en que cada forma de gobierno se confunde con la inmediata; y bajo tres especificas denominaciones, es realmente capaz el gobierno de tantas formas diferentes cuantos ciudadanos contiene el estado.

Hay mas: como bajo ciertos aspectos cada uno de estos gobiernos se puede subdividir en diversas partes, una administrada de un modo y otra de otro, de estas tres formas combinadas puede resultar una multitud de formas mixtas, cada una de las cuales es multiplicable por todas las formas simples.

En todos tiempos han disputado mucho acerca de la mejor forma de gobierno, sin atender á que cada una es la mejor en ciertos casos, y la peor en otros. Por lo que á nosotros hace, si en los diversos estados el número de los magistrados (1) debe ser inverso al de los ciudadanos, concluiremos que, en general, conviene el gobierno democrático á los estados pequeños, el aristocrático á los medianos, y el monárquico á los grandes.

Siguiendo el hilo de estas investigaciones llegaremos á saber cuáles son las obligaciones y derechos de los ciudadanos, y si es posible separar aquellas de estos; qué cosa es patria, en qué consiste precisamente, y por dónde puede conocer cada uno si tiene ó no patria.

(1) Téngase presente que solo hablo aquí de los magistrados supremos ó jefes de la nacion, no siendo los otros mas que sustitutos suyos en tal ó cual parte.

Despues de haber considerado así cada especie de sociedad civil en sí misma, las compararemos para observar sus diversas relaciones: unas grandes, y otras pequeñas; acometiéndose, ofendiéndose, destruyéndose entre sí; y en esta accion y reaccion continúa haciendo mas hombres miserables, y costando mas vidas que si hubieran todos conservado su primitiva libertad. Examinaremos si la institucion social no ha ido muy adelante ó quedádose muy atrás; si sujetos los individuos á las leyes y á los hombres, mientras las sociedades conservan entre sí la independenciam de la naturaleza, no permanecen expuestos á los males de ambos estados, sin gozar sus beneficios; y si no seria preferible que no hubiese sociedad civil en el mundo, á que haya muchas. ¿No es este estado mixto el que participa de los dos, y ni uno ni otro asegura; *per quem neutrum licet, nec tanquam in bello paratum esse, nec tanquam in pace securum?* (1) ¿No es esta imperfecta y parcial asociacion la que produce la tiranía y la guerra? ¿Y estas no son los dos azotes mas crueles de la humanidad?

Finalmente, examinaremos la especie de remedios que contra estos inconvenientes se han imaginado con las ligas y confederaciones que, dejando cada estado árbítro suyo en lo interior, le arman en lo exterior contra todo agresor injusto. Averiguaremos cómo se puede establecer una buena asociacion federativa, qué es lo que puede hacerla duradera, y hasta qué punto puede extenderse el derecho de la confederacion, sin perjudicar al de soberanía.

El abate de San Pedro habia propuesto una asociacion de todos los estados de Europa para mantener entre ellos una paz perpétua. ¿Era practicable esta asociacion? Y suponiendo que se hubiese establecido, ¿era de presumir que hubiera durado? (2) Estas investigaciones

(1) Por el cual nada es permitido, ni vivir como preparado en la guerra, ni como seguro en la paz.—SENEC., *de tranquillit animi*, cap. 1.

(2) Despues que escribi esto, se han deducido las razones en favor en el extracto de este proyecto; las razones contrarias, ó á lo menos las que me han parecido sólidas, se hallarán en la coleccion de mis obras, á continuacion de este mismo extracto.

nos conducen directamente á todas las cuestiones de derecho público, que pueden concluir de aclarar las de derecho político.

Finalmente, sentaremos los verdaderos principios del derecho de guerra, y examinaremos por qué son falsos los que señalan Grocio y los demás.

No estrañaria que en mitad de todos nuestros racionios, mi mancebo que tiene sana razon, me dijera interrumpiéndome: «Dirian que levantamos nuestro edificio con maderos, y no con hombres, segun vamos alineando exactamente cada pieza con la regla.—Verdad es, amigo mio; pero considerad que no se doblega el derecho á las pasiones de los hombres, y que entre nosotros se trataba de sentar primero los verdaderos principios del derecho político. Ahora que hemos echado los cimientos, venid á examinar lo que sobre ellos han edificado los hombres, y vereis lindas cosas.»

Entonces le hago que lea á Telémaco y prosiga su camino; buscamos la feliz Salento, y el buen Idomeneo vuelto cuerdo á fuerza de desdichas. En el camino encontramos á muchos Protesilaos, y ningun Filocles. Tampoco Adrasto, rey de los Daunos, es inhallable. Pero dejemos que imaginen los lectores nuestros viajes, ó que los hagan con Telémaco en la mano, y no les sugiramos tristes aplicaciones que el autor mismo aparta de sí, ó hace contra su voluntad.

En cuanto á lo demás, no siendo Emilio rey ni yo Dios, no nos afanamos porque no podemos imitar á Telémaco y Mentor en el bien que hacian á los hombres: nadie sabe mantenerse en su puesto mejor que nosotros, ni tiene menos deseos de salir de él. Sabemos que á todos fué señalada la misma tarea; que la ha desempeñado quien ama lo bueno con todo su corazon, y lo hace con todo su poder. Sabemos que Mentor y Telémaco son ficciones. Emilio no viaja como hombre ocioso, y hace mas bien que si fuese principe. Si fuéramos reyes, no seriamos benéficos. Si fuéramos reyes y benéficos, sin querer haríamos mil males reales por un bien aparente que creyéramos hacer. Si fuéramos reyes y cuerdos, el primer bien que á nosotros y á los demás querriamos hacer, seria abdicar el trono y volvernos lo que somos.

Ya he dicho lo que hace infructuosos los viajes para todo el mundo. Lo que los hace todavia mas inútiles para la juventud, es el modo como la obligan á viajar. Mas atentos los ayos á su propia diversion que á la instruccion de sus alumnos, los llevan de pueblo en pueblo, de palacio en palacio, de concurrencia en concurrencia; ó si son sábios y eruditos, hacen que se les vaya el tiempo en registrar bibliotecas, visitar anticuarios, contemplar monumentos remotos, y copiar inscripciones medio borradas. En cada pais se ocupan de otro siglo, que es como si se ocuparan de otro pais; de suerte, que despues de haber corrido á mucha costa la Europa, abandonándose á frivolidades ó al fastidio, se vuelven sin haber visto nada que les interese ni aproveche.

Todas las capitales se parecen; allí todos los pueblos se mezclan, todas las costumbres se confunden, y no se deben estudiar en ellas las naciones. Lóndres y París son á mis ojos una misma ciudad. Algunas preocupaciones diferentes tienen sus moradores, pero no tienen menos unos que otros, y sus máximas prácticas son las mismas. Sabemos qué especie de hombres debe reunirse en las córtes; sabemos qué costumbres deben producir en todas partes el hacinamiento del pueblo y la desigualdad de bienes de fortuna. Así que me hablan de una ciudad de doscientas mil almas, yo sé cómo viven en ella. Lo poco mas que sabria yendo allá, no merece la pena de irlo á aprender.

En las provincias remotas, donde hay menos movimiento y comercio, por donde viajan menos los extranjeros, cuyos moradores salen menos de sus pueblos, y menos mudan de caudal y estado, se han de ir á estudiar la índole y las costumbres de una nacion. Ved de paso la capital, pero id á observar á distancia el pais. No están los franceses en París, sino en la Turena; los ingleses son mas ingleses en Merci que en Lóndres, y los españoles mas españoles que en Madrid, en Galicia. A estas distancias remotas se caracteriza y se manifiesta sin rebozo un pueblo como él es: allí es donde se echan mas de ver los buenos y malos efectos del gobierno, como al extremo de un rádio mayor es mas exacta la medida de los arcos.

Las relaciones necesarias de las costumbres con el gobierno, están tan bien explicadas en el libro del *Es-
piritu de las leyes*, que es lo mejor leer esta obra para estudiar dichas relaciones. Pero generalmente hay dos reglas fáciles y sencillas para juzgar de la bondad relativa de los gobiernos. Una es la población. En todo país que se despuebla, el estado propende á su ruina; y el que mas se puebla, aunque sea el mas pobre, infaliblemente es el mejor gobernado (1).

Mas para eso es necesario que esta población sea efecto natural del gobierno y de las costumbres; porque si resultase de colonias, ó de otras causas accidentales y transitorias, probarian entonces el mal por el remedio. Las leyes que hizo Augusto contra el celibato, mostraban la decadencia del imperio romano. Es preciso que la bondad del gobierno excite á los ciudadanos á que se casen, y no que la ley los obligue á ello: no se ha de examinar lo que se hace por fuerza, pues la ley que contraresta la constitucion, se elude y se frustra, sino lo que es efecto del influjo de las costumbres y de la bondad del gobierno, porque solo estos medios tienen eficacia constante. La política del buen abate de San Pedro, era buscar siempre un medicamento para cada dolencia particular, en vez de subir á su fuente comun, y ver que no se podian sanar si no se curaban todas á un tiempo. No se trata de curar separadamente cada úlcera en el cuerpo de un enfermo, sino de purificar la masa de la sangre que las produce todas. Dicen que hay premios en Inglaterra para la agricultura; no quiero saber mas: no prosperará en ella mucho tiempo.

La segunda señal de la bondad relativa del gobierno y las leyes, tambien se saca de la población, pero de otro modo, esto es, de su distribucion, y no de su cantidad. Dos estados iguales en territorio y en población, pueden ser muy desiguales en fuerza, y siempre el mas poderoso de ambos es aquel cuyos moradores están repartidos con mas igualdad: el que no tiene ciudades tan populosas, y brilla por consiguiente menos, ven-

(1) No conozco mas que una excepcion de esta regla, que es la China.

cerá siempre al otro. Las ciudades populosas son las que ponen exhausto un estado y constituyen su flaqueza: la riqueza que producen es ilusoria y aparente, es mucho dinero y poco efecto. Dicen que la ciudad de Paris le vale una provincia al rey de Francia, y yo creo que le cuesta algunas, pues bajo muchos aspectos se mantiene Paris con las provincias, y la mayor parte de las rentas de ellas, afluyen á esta ciudad y se quedan en ella, sin volver nunca ni al pueblo, ni al rey. Es increíble que en este siglo de calculadores no haya quien sepa ver que seria mucho mas poderosa la Francia, si destruyeran á Paris. El pueblo mal distribuido no solamente no es provechoso para el estado, sino que es mas funesto que la misma despoblacion, porque esta da un producto nulo, y la consumacion mal entendida da uno negativo. Cuando oigo que un francés y un inglés, ufanos con la grandeza de sus capitales, disputan sobre cuál encierra mas moradores, si Paris ó Londres, para mí es cómo si disputaran ambos sobre cuál de los dos pueblos tiene la honra de estar peor gobernado.

Estudad un pueblo fuera de sus ciudades, solo así le conoceréis. Nada es ver la forma aparente de un gobierno con el aparato de la administracion y la charla de los administradores, si no estudiamos tambien su naturaleza por los efectos que en el pueblo produce; y si no la estudiamos al mismo tiempo en todos los grados de la administracion. Hallándose repartida entre todos estos grados la diferencia de lo que es de fórmula á la realidad, solamente cuando se abrazan todos, se conoce esta diferencia. En este país se empieza á sentir el espíritu del ministerio por los enjuagues de los subdelegados; en aquel es necesario ver elegir los miembros del parlamento para decidir si es cierto que sea libre la nacion: en todo país cualquiera es imposible que conozca el gobierno quien solo ha visto las ciudades, probado que nunca es el mismo su espíritu respecto á las ciudades que al campo. Ahora, el campo es lo que forma el país, y el pueblo del campo el que forma la nacion.

Este estudio de los varios pueblos en sus apartadas provincias, y en la sencillez de su índole original,

ofrece una observacion general muy acorde con mi epigrafe, y que consueta mucho el corazon humano; y es que, observadas así todas las naciones, parece que son mucho mas apreciables: cuanto mas se acercan á la naturaleza, mas domina la bondad en su carácter; solo encerrándose en las ciudades, y alterándose á fuerza de cultura, se depravan y convierten en perniciosos y agradables vicios algunos defectos mas toscos que dañosos.

Por esta observacion resulta una nueva utilidad del modo de viajar que propongo, y es que viendo poco los mozos en las ciudades populosas donde reina una horrible corrupcion, están menos expuestos á contraerla, y entre hombres mas sencillos, y en sociedades menos numerosas, conservan mas seguro tino, gusto mas sano, y costumbres mas honestas; por mas que no sea esta epidemia muy temible para mi Emilio, armado de cuanto necesita para precaverse de ella. Entre todas las precauciones que para ello he tomado, miro como una muy eficaz el cariño que lleva en el pecho.

Ya nadie sabe cuánto puede el verdadero amor en las inclinaciones de los mozos, porque los que los dirigen, que no lo ignoran menos que ellos, los desvian de él. No obstante, es preciso que esté enamorado el mancebo, ó que sea un disoluto. Fácil es seducir con apariencias. Me citarán mil mozos que segun dicen, viven con mucha castidad; pero cítenme un hombre maduro, un hombre en la edad viril, que diga que ha pasado así su mocedad, y que sea ingénuo. En todas las virtudes, en todas las obligaciones, solo buscan la apariencia; yo quiero la realidad, y me engaño, ó no hay para conseguirla otros medios que los que propongo.

La idea de hacer que se enamorase Emilio antes de sacarle á viajar, no es de invencion mia, que me la sugirió el siguiente suceso.

Estaba yo en Venecia de visita en casa del ayo de un jóven inglés: era invierno, y estábamos alrededor de la lumbre. Recibe el ayo sus cartas del correo, las lee, y luego su alumno lee otra en alta voz. Estaba en inglés, y no la entendí; pero durante la lectura, vi que el mozo rasgaba unas hermosísimas vueltas de encaje que

llevaba, y las tiraba á la lumbre una despues de otra, con el mayor disimulo posible, para que no lo advirtiesen. Estrañando este capricho, le miro á la cara, y creo que noto emocion en él: pero los signos externos de las pasiones, aunque bastante parecidos en todos los hombres, tienen diferencias nacionales acerca de las que es fácil engañarse, pues los pueblos tienen diferente expresion tanto de lengua como de semblante. Aguardo al fin de la lectura, y enseñando luego al ayo los puños desnudos de su alumno, que este procuraba esconder, le digo: «¿Se puede saber qué quiere decir esto?»

Viendo el ayo lo sucedido, soltó la risa, dió un abrazo á su alumno con ademan satisfecho; y habiendo alcanzado su licencia, me dió la explicacion que yo deseaba.

«Las vueltas, me dijo, que acaba de rasgar el señor John, son un regalo que le hizo, ha pocos dias, una señora de este pueblo. Mas habeis de saber que el señor John está comprometido en su pais con una señorita á quien tiene mucho cariño, y que merece mas todavia. Esta carta es de la madre de su amada, y voy á traduciros el párrafo que ha causado el estrago que habeis visto. Dice así:

«Lucía no deja de la mano las vueltas de lord John. »Su amiga Betti Roldham vino ayer á pasar la tarde con ella, y á la fuerza quiso trabajar en su obra. Sabiendo que hoy se habia levantado Lucía mas temprano de lo acostumbrado, quise ver lo que hacia, y la encontré ocupada en deshacer lo que ayer habia hecho Betti. »No quiere que haya en su regalo ni un punto siquiera que sea de otra mano que la suya.»

De allí á un rato salió el señor John para tomar otras vueltas, y dije yo á su ayo: «Teneis un alumno de excelente carácter; pero, decidme la verdad, ¿es cierta esa carta de la madre de la señorita Lucía, ó es un expediente fraguado por vos contra la dama de las vueltas?—No, me dijo, es la pura verdad; no he usado tanto arte en mis afanes; solo empleo sencillez y celo, y Dios ha bendecido mi obra.»

Nunca se me ha borrado de la memoria la accion de este jóven, y no podia menos de producir algo en una cabeza tan imaginativa como la mia.

Tiempo es de concluir. Llevemos á lord John ante su Lucía, esto es, á Emilio ante su Sofia. A un corazón no menos prendado que antes de su partida, junta un espíritu mas ilustrado, y trae á su país la ventaja de haber conocido los gobiernos con todos sus vicios, y los pueblos con todas sus virtudes. También he cuidado de que en cada nación se estrechara con algun hombre de mérito por medio de un tratado de hospitalidad á la manera de los antiguos, y no sentiré que por medio de cartas siga cultivando estos conocimientos. Además de que puede ser provechoso, y siempre es agradable tener correspondientes en los países distantes; es una precaución excelente contra el imperio de las preocupaciones nacionales, que acometiéndonos toda la vida, tarde ó temprano tienen en nosotros alguna influencia. Para neutralizarla, es lo mas á propósito el trato desinteresado con los hombres de razón á quienes apreciamos, y que no teniendo estas preocupaciones, oponiéndoles las suyas, nos dan los medios de contrarestar unas con otras, y preservarnos así de todas. No es lo mismo tratar con los extranjeros en nuestro país que en el suyo. En el primer caso, siempre guardan con el país donde viven ciertas consideraciones que los hacen encubrir lo que de él piensan, ó pensar favorablemente mientras residen en él; pero cuando vuelven al suyo, se les aminora esta buena opinion, y solo son justos. Mucho celebrara que el extranjero que yo consultase hubiese visto mi país, pero solamente en el suyo le preguntaria su dictámen acerca del mio.

Después de haber gastado cerca de dos años en correr algunos de los grandes estados de Europa, y muchos mas de los chicos; después de haber aprendido las dos ó tres principales lenguas, y de haber visto lo mas curioso que hay que observar ya en historia natural, ya en gobierno, ya en artes, ya en hombres, devorado Emilio de impaciencia me avisa que se va acercando nuestro plazo. Dígole entonces: «Pues bien, amigo mio, ya os acordáis del principal objeto de nuestros viajes;

habeis visto, y habeis observado. ¿Cuál es el resultado final de vuestras observaciones? ¿A qué os determinais?» O me engaño en mi método, ó con poca diferencia me responderá lo siguiente:

«¿A qué me determino? A quedarme cual vos me habeis hecho que fuse, y á no añadir voluntariamente ninguna otra cadena á la que me han echado la naturaleza y las leyes. Cuanto mas examino la obra de los hombres en sus instituciones, mas veo que á fuerza de aspirar á ser independientes se hacen esclavos, y que gastan su propia libertad en esfuerzos vanos para afianzarla. Por no ceder al torrente de las cosas, se forjan mil grillos; luego cuando quieren dar un paso no pueden, y se asombran de hallarse sujetos á todo. Me parece que para vivir libre no hay nada que hacer, basta con no querer cesar de serlo. Vos, maestro mio, me habeis hecho libre, enseñándome á ceder á la necesidad. Venga cuando quiera, me dejaré arrastrar sin oposicion; y como no quiero contrarestarla, de nada me asiré para retenerme. En nuestros viajes he procurado averiguar si encontraria un rincon de tierra donde pudiera ser absolutamente mio: pero entre los hombres ¿en qué paraje no depende uno de sus pasiones? Bien examinado todo, he hallado que mi mismo anhelo era contradictorio; porque aun no estando asido á ninguna otra cosa, lo estuviera á la tierra donde me hubiese fijado; mi vida estaria asida á la tierra, como lo estaba la de las Driades á sus árboles. He visto que eran dos palabras incompatibles imperio y libertad, y que no podia ser dueño de una choza sin dejar de serlo de mi propio.

Hoc erat in votis, modus agri non ita magnus (1).

»Me acuerdo de que fueron mis bienes la causa de nuestras investigaciones. Me probabais con mucha solidez que no podia yo conservar á un tiempo mi riqueza y mi libertad; mas cuando queriais que fuese libre y sin necesidades, queriais dos cosas incompatibles; porque no puedo salir de la dependencia de los hom-

(1) Este mi anhelo fué, campo mas chico.

bres sin entrar en la de la naturaleza. ¿Pues qué haré del caudal que me han dejado mis padres? Lo primero, no depender de él; aflojaré todos los nudos que con él me tienen asido: si me le dejan, le conservaré; si me le quitan, no me arrastrarán con él. No me afanaré por retenerle, y permaneceré firme en mi puesto. Pobre ó rico, seré libre; y no solamente lo seré en tal país, en tal comarca, lo seré en la tierra entera. Rotos están para mí todos los lazos de la opinion; solo conozco los de la necesidad. Aprendí á llevarlos desde mi niñez, y los llevaré hasta la muerte, porque soy hombre; ¿y por qué no los he de llevar siendo libre, si tambien seria forzoso llevarlos siendo esclavo, y los de la esclavitud por añadidura?

»¿Qué me importa mi condicion en la tierra? ¿Qué me importa el país en que viviere? En cualquiera parte donde haya hombres, estoy entre mis hermanos; en cualquiera donde no los haya, estoy en mi casa. Mientras pudiere permanecer independiente y rico, tengo caudal para vivir, y viviré. Cuando me sujetare mi caudal le abandonaré sin sentimiento; tengo brazos para trabajar, y viviré. Cuando me faltaren mis brazos, viviré si me dan de comer, moriré si me abandonan: lo mismo moriré aunque no me abandonen; pues la muerte no es pena de la pobreza, sino ley de la naturaleza. En cualquiera época que venga, aseguro que no me cogerá haciendo preparativos para vivir, ni me estorbará nunca de haber vivido.

»A esto, padre mio, me resuelvo. Si no tuviera una pasion, viviria, en mi estado hombre, independiente como Dios mismo, pues queriendo únicamente lo que existe, nunca tuviera que lidiar contra el destino. A lo menos no tengo mas que una coyunda, la única á que siempre estaré atado, y de ella me puedo vanagloriar. Dadme á Sofia y soy libre.»

«Amado Emilio, mucho me complace oír de tu boca razones de hombre, y ver los sentimientos de tal en tu corazon. De tu edad no me disgusta este desinterés excesivo. Cuando tengas hijos disminuirá, y entonces serás justamente lo que debe ser un buen padre de familias y un hombre cuerdo. Antes que emprendieras tus viajes,

sabia yo cuál seria su efecto; bien sabia que, observando desde cerca nuestras instituciones, estarias muy distante de poner en ellas la confianza que no se merecen. Vano es aspirar á la libertad bajo el amparo de las leyes. ¡Leyes! ¿dónde las hay? ¿y dónde son respetadas? En todas partes solo el interés particular y las pasiones humanas has visto reinar con este nombre. Pero existen las leyes eternas de la naturaleza y del orden: substituyen para el sabio la ley positiva; están escritas en lo íntimo de su corazon por la razon y la conciencia; á estas se debe esclavizar para ser libre; no hay otro esclavo que el que obra mal, porque siempre obra contra su voluntad. En ninguna forma de gobierno está la libertad, pero está en el pecho del hombre libre, y á todas partes la lleva consigo. El hombre vil á todas lleva la esclavitud. Esclavo seria el uno en Ginebra, y libre el otro en Madrid.

»Si te hablara de las obligaciones del ciudadano, acaso me preguntarias dónde está la patria, y creerias haberme confundido. Pero te engañarias, amado Emilio; porque quien no tiene patria, tiene á lo menos un país. Siempre hay un gobierno y simulacros de leyes bajo los cuales ha vivido tranquilo. ¿Qué importa que no se haya cumplido el contrato social, si le ha amparado el interés particular como lo hubiera hecho la voluntad general, si la pública violencia le ha preservado de las violencias particulares, si lo malo que ha visto obrar le ha hecho amar lo que era bueno, y si nuestras instituciones le han hecho conocer y odiar las iniquidades peculiares de ellas? ¡Oh Emilio! ¿Dónde está el hombre de bien que nada debe á su país? Sea quien fuere, le debe lo mas precioso que hay para el hombre, la moralidad de sus acciones, y el amor de la virtud. Nacido en lo enmarañado de las selvas, hubiera vivido mas venturoso y mas libre; pero no teniendo obstáculos que vencer para seguir sus inclinaciones, hubiera sido bueno sin mérito, y no virtuoso, y ahora sabe serlo á despecho de sus pasiones. La apariencia sola del orden le excita á que le conozca y le ame. El bien público, que sirve de mero pretesto para los demás, para él solo es un motivo real. Aprende á pelear contra sí, á